

Los primos desconocidos: la historia de la España contemporánea en los manuales escolares italianos de la posguerra

Gabriele Ranzato

Si bien italianos y españoles afirman muy a menudo ser muy parecidos y tener vínculos de gran afinidad, hasta el punto de reconocerse como primos, si no como hermanos, en realidad se conocen muy poco. Se conocen superficialmente, a pesar de las mutuas visitas turísticas cada vez más frecuentes. Se conocen a través del filtro de muchos tópicos, enmarcados todos en el tópico global de la «mediterraneidad».

Eso no significa que entre ellos haya básicamente desinterés o antipatía. Al contrario. En cierta medida se puede decir que ese forzado «hermanamiento» deriva de un deseo de minimizar las diferencias. Si muchos italianos creen -como recientemente subrayaba la publicidad de un curso de lengua española- que para hablar en español basta *grosso modo* añadir una «ese» a las palabras italianas, eso es también la señal de un deseo de fácil comunicación, sustentado en interés y simpatía para con el interlocutor.

Sin embargo, interés y simpatía no generan verdaderas ocasiones de conocerse, sino que a menudo semejanzas equívocas y lazos fenomenológicos distorsionantes, como los «falsos amigos» idiomáticos. Por ejemplo, una de las equivocaciones más frecuentes de los italianos sobre los españoles es la «meridionalidad» de estos últimos, su asimilación en bloque a las gentes del *Mezzogiorno*, sugerida por un rasgo común de vivacidad y por una genérica noción de la multiseccular dominación española sobre la Italia meridional. Pero aun prescindiendo del hecho de que ni vivacidad, ni alegría, etc., son generalizables, ni a toda España, ni a todo el *Mezzogiorno* -al cual, a su vez, se le atribuye arbitrariamente una general «napolitánidad»-, los caracteres comunes

a los dos países –**que** indudablemente los **hay**– son en realidad superados por grandes diferencias. Como suele constatar con sorpresa el turista italiano que, más allá de las semejanzas culturales y antropológicas que encuentra en el folklore, en las formas de la religiosidad, etc., en España halla también, por ejemplo, una difusión del civismo y un funcionamiento de los servicios públicos que generalmente no puede encontrar en el mediodía de Italia.

La misma historia común puede ser una «falsa amiga». Y en la trampa de la historia pueden a veces caer no sólo los menos expertos, sino también los historiadores profesionales. Así, por ejemplo, hace algunos años en Italia, en un libro en que se intentaban enfocar las características esenciales de la mafia, con particular atención a sus caracteres originarios, uno de los mejores historiadores italianos de la edad contemporánea, Nicola Tranfaglia, señalando acertadamente como uno de los rasgos comunes en la historia de los dos países la esencia mayoritariamente clientelista de la relación entre administración pública y sociedad civil e indicando su origen en las formas de dominación de la moderna monarquía española, le atribuía, definiéndolo como «modelo español», un peso determinante en el origen de fenómeno mafioso ¹. Y sin embargo –enjaulado por una semejanza en realidad no decisiva–, Tranfaglia no tenía en cuenta no sólo que el «modelo español» no había llegado a engendrar el monstruo mafioso en ninguna otra región de la Italia española, aparte de Sicilia, sino tampoco el hecho evidente de que dicho «modelo» en España nunca ha producido nada comparable a la mafia siciliana, ni en su versión arcaica, ni en su versión moderna ².

En realidad, la clave del insuficiente conocimiento en Italia de los demás países, y no sólo, obviamente, de España, estriba principalmente en el insuficiente conocimiento de su historia. Porque la historia de todo país no es sólo elemento básico de su identidad nacional, de su imagen de cara a sí mismo, de su autoimagen, sino que es también seña de identidad de cara al exterior. No porque un país sea sólo su historia, sino porque sólo su historia revela y llena de sentido muchas de sus peculiaridades. Y aunque las peculiaridades, los perfiles esenciales de un país, sean el fruto tanto de su historia remota como de la reciente, es necesario por lo menos conocer esta última, conocer

¹ N. **TRANFAGLIA**, *La mafia come metodo*, Bari-Roma, Laterza, 1991.

² Sobre el libro de **TRANFAGLIA** véase la reseña crítica de P. **BEVILACQUA**, «La mafia e la Spagna», *Meridiana*, núm. 13, 1992.

su historia contemporánea para tener de ese país y de su pueblo una noción algo más que somera.

Ahora bien, la ocasión más institucionalizada de conocer la historia es la que ofrecen la escuela, el sistema de enseñanza y, dentro de éste, los instrumentos didácticos, los libros de texto, que evidentemente no pueden sustituir los encuentros directos entre los pueblos, pero que sí deben proporcionar los elementos básicos, las coordenadas entre las que situar y elaborar las experiencias de los encuentros recíprocos. Bajo esta perspectiva los textos italianos para las escuelas, sobre todo en comparación con aquellos de los principales países europeos, presentan una apertura a la historia internacional, sobre todo contemporánea, bastante satisfactoria. En cierta medida esto refleja también un rasgo de cosmopolitismo, que es sin duda un carácter positivo italiano y que resulta así, sobre todo, en el momento en que se está abriendo con perspectivas de mayor efectividad el camino que lleve a los Estados Unidos de Europa. Si bien a ese mismo rasgo de cosmopolitismo se le puede achacar la débil conciencia como nación, el débil orgullo de sí mismos que muchos italianos atribuyen a sus compatriotas.

En cualquier caso es importante subrayar que en los manuales escolares italianos se reserva un gran espacio a la historia contemporánea de las «grandes naciones» -Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Estados Unidos-, mientras que es mucho menor el dedicado a la historia de los demás países; también de aquellos que, si no por otras razones, por su proximidad y afinidad cultural, sería necesario conocer mejor. Es éste el caso de la historia contemporánea de España, víctima de su decadencia, paralela y opuesta al *risorgimento* italiano, y, por lo tanto, víctima también de cierto sentimiento italiano de superioridad que se presenta también como venganza póstuma por haber estado los italianos dominados por los españoles durante muchos siglos.

Pero lo peor es que lo que aparece de la historia de la España contemporánea en los manuales escolares italianos no sólo es escaso, episódico y frecuentemente insuficiente para delinear con un mínimo de continuidad un perfil, aunque sea resumidísimo, de la historia del país, sino que a menudo es también muy indefinido, impreciso y deformado. Y la causa de estos defectos estriba en parte en la misma forma manualística -verdadera «camisa de Nexos» de la historia- que obliga a síntesis y compresiones de los hechos a menudo irrealizables, cuando no a indefiniciones y deformaciones de esos mismos hechos. Pero, por otro lado, esos resultados tan pobres son también el producto de cono-

cimientos limitados de los autores, que ellos intentan remediar a menudo sin el auxilio de la historiografía, prefiriendo orientarse por esquematismos interpretativos y fórmulas *passerparlout* que prescinden casi por entero de las particularidades de cada país; fórmulas útiles tanto para la historia de España como para la de Italia y de cualquier otro país.

El análisis que sigue, que tiene como objeto los manuales escolares de más amplia difusión destinados a la instrucción superior —es decir, liceos y universidad—, mostrará con mucha evidencia la existencia de esos límites, que aparecerán tanto más graves cuanto más se repare en el hecho de que se trata de instrumentos didácticos dedicados a la formación de la clase dirigente o, en todo caso, a estratos de la población que, aunque se hayan ampliado, constituyen las élites culturales del país, aquellas capas sociales que ya ahora, pero todavía más en el futuro, tendrán las mayores oportunidades, las mejores ocasiones de encontrarse con las capas sociales homólogas de los otros países europeos.

Ahora bien, entre los datos notables que el análisis pone en evidencia destaca, en primer lugar, el hecho de que generalmente los manuales de las primeras décadas de la posguerra dedican a España —siempre en un marco de gran parsimonia de noticias— mayor espacio del que le dedican los manuales del período sucesivo, que en su mayoría tratan casi exclusivamente los hechos de la Guerra Civil 1936-1939 con alguna información sobre sus antecedentes. Lo cual parece un poco paradójico si se tiene en cuenta que la progresiva integración europea justificaría más bien el fenómeno contrario. Pero esto se explica por el hecho de que los programas de historia contemporánea se van ampliando cada vez más con el transcurso del tiempo, precisando la supresión de las nociones que se juzgan menos esenciales, ya que de lo contrario no encontrarían una buena acogida no sólo entre los alumnos, sino tampoco entre los profesores. No es de extrañar que el único manual reciente que constituye una excepción a lo antedicho, ya que trata detenidamente tanto la historia de España como la de los demás países, el de R. Finzi y M. Bartolotti (*Corso di Storia*, Zanichelli, 1990)³, haya tenido una difusión relativamente menor que otros, probablemente por sobreabundante.

³ Todo manual al que se hace referencia en el presente artículo es por lo general el volumen dedicado a la historia contemporánea de una obra de conjunto destinada a la instrucción superior que incluye también los tomos dedicados a la Edad Media y a la Edad Moderna. Normalmente estas obras han tenido un gran número de ediciones.

Tampoco se puede decir que los manuales de la primera época sean completos al presentar la historia de España; más bien podría decirse que son algo episódicos. Los temas que aparecen en ellos con cierta constancia son: la Guerra de la Independencia, la vuelta de Fernando VII, el trienio constitucional, la primera guerra carlista, el sexenio revolucionario, la Restauración -aunque nunca se la llame así para no engendrar confusiones con la anterior Restauración europea-, la crisis del 98, la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, la República y la Guerra Civil, con alguna breve alusión al régimen franquista. Pero sólo en dos manuales aparecen todos. Y el mejor, por lo menos en el aspecto de la abundancia de noticias, es, sin duda, el de A. Camera y R. Fabietti (*L'età contemporanea*, Zanichelli, Bologna, 1967), en el cual es posible delinear un perfil de la historia de la España contemporánea bastante completo, aunque extrañamente termine con la Guerra Civil de 1936 y proponga a veces claves interpretativas demasiado simplificadas. Así, por ejemplo, la época de la Restauración está resumida en un conflicto entre los vanos esfuerzos de un probo soberano -Alfonso XII- y un pueblo reacto a toda modernización que expresa sus resistencias a través de los excesos del carlismo y del anarquismo. De manera que en él se puede leer lo siguiente: «El nuevo rey hizo cuanto podía para dar a la vida política del país un aspecto liberal y logró también aplastar la subversión carlista que duraba desde hacía muchos años. Pero sus esfuerzos no consiguieron los éxitos esperados, porque las masas, incultas y atrasadas, se mantuvieron bajo el yugo de la nobleza terrateniente y del clero, mientras que los anarquistas, muy fuertes en España, manifestaban su aversión a la corona y los métodos de gobierno con frecuentes atentados terroristas» (pp. 1020-21).

El otro libro escolar que mayor espacio dedica a la historia de la España contemporánea es el de A. Saitta (*Il cammino umano*, La Nuova Italia, Firenze, 1954), que ha tenido muchas ediciones y aún hoy se sigue publicando, habiendo sido durante casi tres décadas uno de los manuales más utilizados en la escuela italiana. Es un libro que en el aspecto de atención a la historia europea y extra-europea tiene un enfoque muy apreciable. Pero el hecho singular es que este manual (que en su época fue una bandera de la izquierda en los cursos

Aquí indicamos la fecha de la edición del libro que hemos examinado y que es, por lo general, una de las primeras.

de historia, por el planteamiento daramente marxista de su autor) propone como línea de continuidad en la historia de España el protagonismo de sus reyes, con efectos inevitablemente deformantes.

Así, por ejemplo, por lo que se refiere al período de la Restauración en este manual se puede leer que «el nuevo rey (Alfonso XII) intentó normalizar la vida política española con la concesión de una nueva Constitución y con la alternancia en el poder de liberales y conservadores; pero no obtuvo resultados apreciables y, a su muerte, la regencia de la viuda María Cristina de Habsburgo (...), si bien logró salvar la institución monárquica, no preservó a España de graves calamidades internas y externas» (p. 340). A continuación se dice que «Alfonso XIII prefirió perpetuar el tradicional predominio del dero y de la casta militar, hizo fusilar demócratas y socialistas y -tras haber tenido que soportar un breve período de gobierno liberal- agitó la cuestión marroquí como diversión ante las dificultades de la política interior» (p. 390).

En esta cita del libro de Saitta se pone en evidencia un rasgo recurrente, casi constante en todos los manuales: la deformación, a veces hasta límites ridículos, por necesidad de simplificación y síntesis. Así Alfonso XIII es él mismo el responsable directo del fusilamiento de demócratas y socialistas para que el autor no tenga que pasar por Maura y la «Semana Trágica»; luego, «tras haber tenido que soportar» una fase de gobierno liberal no fácilmente identificable, el rey en persona se convierte en agitador de la cuestión marroquí para que el autor no tenga que explicar la crisis del sistema de la Restauración y el complicado asunto del desastre de Annual.

Otro ejemplo por el estilo lo encontramos en el manual de G. Quazza (*Corso di Storia*, Petrini, Torino, 1973), donde, a propósito de la Guerra Carlista, se lee lo siguiente: «En España, la viuda de Fernando VII, María Cristina, regente en nombre de la menor Isabel II, se bate en una durísima Guerra Civil en contra de su cuñado Carlos, poniéndose a la cabeza de los grupos liberales moderados en contra de la aristocracia latifundista, el alto dero y los municipalistas catalanes, vascos y navarros, partidarios del despotismo carlista» (p. 54). Aquí la tiranía de la síntesis propone a la fantasía de los jóvenes alumnos italianos una Regente-Juana de Arco que sobre su caballo blanco, con su sable desenvainado, conduce a su pueblo al ataque de la aristocracia latifundista, y también en contra de los municipalistas catalanes, vascos y navarros. Y creo que en este punto el desconcierto más que de los estudiantes debe de ser de sus profesores, que tendrían que explicarles

quiénes son esos «municipalistas» y en pocos casos estarían en condiciones de reconocer en este término una alusión, quizás, a la cuestión de los fueros.

Otra frecuente deformación de los hechos históricos que se puede detectar en estos libros es su comprensión del tiempo. Un ejemplo significativo de esta práctica de contracción lo encontramos en la manera en que se explican los acontecimientos de la Segunda República antes de la Guerra Civil en el manual de R. Villari (*Storia contemporanea*, Laterza, Roma-Bari, 1970), en que el autor escribe: «En 1931 [después de haberse proclamado la República] todas las fuerzas de izquierda (comunistas, socialistas, republicanos y anarquistas) se habían empeñado en una acción de profunda renovación de las arcaicas estructuras económicas y sociales del país. Sobre todo en la agricultura, propugnaban una reforma que emancipase a las masas campesinas de la condición de secular miseria en que se encontraban. Pero por lo menos hasta las elecciones políticas de 1936 los radicales, los agrarios, los monárquicos, acaudillados por el conservador católico Gil Robles, se opusieron a cualquier reforma a pesar de las huelgas y las manifestaciones de protesta de los campesinos, de los mineros asturianos y de los obreros catalanes, que casi siempre fueron reprimidas por el ejército con violencia» (p. 504).

En este fragmento se puede ver cómo la exigencia de comprimir en pocas líneas todos los acontecimientos de la Segunda República sugiere al autor: 1) anticipar a 1931 no sólo la alianza del Frente Popular, sino su versión ampliada a los anarquistas, que es posterior al estallido de la Guerra Civil; 2) presentar una coalición conservadora capitaneada por Gil Robles que se opone a las reformas «por lo menos hasta las elecciones políticas de 1936» —y no se entiende ni el «por lo menos», ni la fecha límite de 1936— y [que se opone a las reformas] a pesar de esas huelgas de mineros asturianos y obreros catalanes con las que es presumible que el autor quiera eufemísticamente resumir todos los trágicos acontecimientos de la revolución de octubre de 1934.

Análogo ejemplo de estilo «contractivo» podemos encontrarlo en una obra más reciente, la de P. Ortoleva y M. Revelli (*Storia dell'eta contemporanea*, Edizioni scolastiche Bruno Mondadori, Milano, 1993), que es sin duda el manual escolar que mayor espacio dedica a la guerra de España. En este libro se lee: «Las gravísimas consecuencias de la crisis del 29 sobre la frágil economía española erosionaron las bases del consenso en que se apoyaba [la dictadura] y llevaron rápi-

damente a la caída de Primo de Rivera en enero de 1930. Le reemplazó al frente del Gobierno el republicano Manuel Azaña (...). En 1931 cayó también la monarquía» (p. 587). Aquí, a la deformación de la realidad histórica contribuye no sólo el ansia de síntesis que acelera los efectos de la crisis del 29 -hubiesen tenido que ser fulminantes para haber llegado en España en enero de 1930-, sino también el planteamiento economicista que caracteriza a todo el libro. Se habrá notado, por otro lado, la superficial transferencia al área española primorriverista del tema del consenso en el régimen de Mussolini, y también el alto grado de imprecisión en que incurren los autores al hacer nacer el gobierno Azaña antes de la caída de la Monarquía.

En algunos manuales la contracción de los hechos deviene anticipación. Así, por ejemplo, en la obra de C. Capra, G. Chittolini y F. Della Peruta (*Corso di storia*, Le Monnier, Firenze, 1992), la problemática de los nacionalismos periféricos está situada ya en la primera Guerra Carlista, cuando todavía estaba lejos de haber llegado a su madurez. En ella se puede, en efecto, leer que «el hermano de Fernando, don Carlos, dio comienzo a una rebelión en reivindicación de la corona, apoyado por la nobleza, por el clero y por las poblaciones rurales del País Vasco, de Navarra y de Cataluña, regiones en las que existía un fuerte empuje separatista» (p. 149). Igual ocurre en el libro de F. Traniello, G. Cracco y A. Prandi (*Corso di Storia*, SEI, Torino, 1992), en el que se anticipa a la preguerra la alianza de los autonomistas vascos con las fuerzas de izquierda, integrándolos en el Frente Popular. «Las izquierdas -se lee en él- realizaron el primer ensayo de Frente Popular, al que dieron su adhesión los republicanos moderados, los socialistas, los comunistas "oficiales", los comunistas troskistas y los católicos vascos autonomistas, apoyados por un clero abierto a los problemas sociales» (p. 409). Pero en este mismo libro se da, al contrario, el caso de una posposición -concretamente la del hundimiento de la dictadura de Primo de Rivera- allí donde se escribe, con igual deformación de los hechos, que los «republicanos y socialistas aliados ganaron las elecciones de 1931 y derribaron no sólo la dictadura de Primo de Rivera, sino también al mismo rey Alfonso XIII, que dejó España» (p. 409).

Aún más extremado es el ejemplo de anticipación que se puede hallar en el manual de G. Carocci (*Corso di Storia. L'età contemporanea*, Zanichelli, Bologna, 1985), donde los frentes políticos y los conflictos en su interior, que caracterizaron la Guerra Civil de 1936, se anteponen

al estallido de la misma. «Faltaba –se lee en este libro– un verdadero entendimiento entre las fuerzas de la izquierda y particularmente entre anarquistas y comunistas. Los anarquistas querían hacer la revolución social y política; en cambio los comunistas, vinculados a la URSS, eran mucho más prudentes. Entre las fuerzas sinceramente republicanas se hallaban la marina militar, parte del ejército, la burguesía liberal, y, sobre todo, los campesinos y los obreros. Pero también los reaccionarios eran muchos y poderosos: los *telTatenientes*, la Iglesia, gran parte del ejército y una organización de tipo fascista llamada Falange (...).» Podría creer uno que se está hablando del cuadro en que ya se está desarrollando la Guerra Civil. Pero no es así, ya que el texto prosigue así: «Un grupo de oficiales del ejército, entre los cuales llegó a descollar el general Francisco Franco, urdieron una conspiración, se rebelaron contra el Gobierno legítimo y partiendo de Marruecos en julio de 1936 dieron comienzo a una Guerra Civil» (p. 1298). Como se puede ver, teniendo como ingredientes unas noticias bastante acertadas, se hace una gran mezcla que produce singulares desfases temporales y una definición de los campos contrarios bastante heterogénea, en la que se suman y combinan distintas categorías de lo político, de lo social, profesional, etc.

La obligada concisión hace también que resalten con mayor evidencia las orientaciones políticas e ideológicas de los autores. Ya se habrá notado que R. Villari, militante comunista en la época en que escribió el manual, da una gran importancia a la presencia de los comunistas en el panorama de la izquierda desde el mismo comienzo de la República, cuando en realidad aquel partido no la tenía en absoluto. Este mismo autor se convierte en el mejor intérprete de una línea frentepopulista-comunista cuando hablando de las Brigadas Internacionales no dice que fueron una importante aportación a la defensa de la República por parte de la URSS, que las organizó a través de la Comintern, sino que enfatiza la presencia en ellas de voluntarios estadounidenses, sin mencionar, por ejemplo, los contingentes francés o polaco, mucho más importantes. Para asimilar arbitrariamente la guerra de España a la fase conclusiva de la Segunda Guerra Mundial se oculta el hecho evidente de que las alianzas no fueron en absoluto las mismas, y concluye diciendo que la República fue *delTotada* por la «insuficiencia de la ayuda militar prestada por Francia, Gran Bretaña y Unión Soviética» (p. 505). Con lo cual los hechos, muy diferentes, de que los dos primeros países fuesen unidos en la política de no-intervención, de que Gran Bretaña

no tuvo nunca la menor intención de prestar ninguna «ayuda militar» a la República y de que, al contrario, la Unión Soviética dio, durante mucho tiempo, una ayuda vital al bando republicano, se funden, esconden y confunden bajo el término «insuficiencia».

Igual sobrevaloración -aunque en sentido crítico- del papel de los comunistas en el período anterior a la Guerra Civil podemos encontrarla en el libro de Antonio Brancati (*Civiltà nei secoli*, La Nuova Italia, Firenze, 1989), donde el decidido desplazamiento del electorado hacia la derecha en las elecciones de 1933 se achaca al «reformismo gubernamental, al robustecimiento del partido comunista y a la presencia de un fuerte movimiento ácrata, difundido sobre todo en Cataluña», y seguidamente se dice que «1934 fue un año agitado por huelgas y disturbios, que estallaron en diversas partes de la Península, pero con mayor intensidad y decisión en la región minera de Asturias (5-17 de octubre), donde las fuerzas comunistas jugaron un papel de primera línea» (p. 515). Lo mismo hace, pero en un tono de claro aprecio, Pasquale Villani (*L'età contemporanea*, Il Mulino, Bologna, 1993) al hablar de las secuelas inmediatas de la victoria electoral del Frente Popular, cuando escribe: «Tanto las fuerzas de izquierda, de las que formaban parte importante los comunistas y los anarquistas, como las fuerzas de la derecha, tenían actitudes más radicales [que en Francia]» (p. 462). Luego, ya iniciada la guerra, según este autor, «el Gobierno republicano, sustentado por la energía de los comunistas, que se enfrentaron duramente con los anarquistas sobre todo en Barcelona» -y no se entiende por qué, puesto que nunca se explican sus divergencias políticas- «logró organizar, con el apoyo de las Brigadas Internacionales, una larga resistencia» (p. 464).

La valoración exagerada del papel de los comunistas -hasta atribuirles un protagonismo primordial- lleva a R. Finzi y M. Bartolotti a introducir en su manual el tema de la Guerra Civil 1936-1939 de una forma muy extraña, proponiendo además una singular jerarquía de los hechos notables. «En mayo -escriben -Azaña fue elegido presidente de la República en lugar de [Alcalá] Zamora. En septiembre el líder socialista de izquierda Francisco Largo Caballero formó un Gobierno en el que ingresaron también los comunistas. Por primera vez desde la revolución de octubre un partido comunista afiliado a la Komintern ingresaba en un Gobierno nacional de coalición, no revolucionario, junto con fuerzas no socialistas. Ello fue en gran medida consecuencia del hecho de que los comunistas españoles y la central

de Moscú reconocieron la dramática situación de emergencia en que la República se encontró después de la victoria del Frente [popular] y el contexto internacional del que los conflictos españoles entraron inevitablemente a formar parte. El 18 de julio de 1936 el general Franco, que había cesado en su cargo en el Ministerio de la Guerra después de la victoria electoral del Frente, se puso a la cabeza de una rebelión de las fuerza armadas y se adueñó de amplias regiones del norte y del sur del país» (p. 1.536).

Por otro lado, en el manual de G. de Rosa (*Storia contemporanea*, Minerva Italica, Bergamo, 1973), la militancia católica de su autor se traslucía en el particular énfasis con que están tratadas las vicisitudes de la Iglesia durante la Guerra Civil—que normalmente los otros manuales ni mencionan—o En cualquier caso, la perspectiva es la de un catolicismo democrático, así que en una página se cita también una bella frase de Dom Sturzo en que se condenan las matanzas de ambas partes y, sin embargo, se pone el acento sobre las «masacres perpetradas por los defensores de la fe que levantan las insignias de la religión» (p. 393). Pero quizás la atención dedicada a la Iglesia en el conjunto de las dos páginas dedicadas a la Guerra Civil española sea algo desproporcionada y en extremo minuciosa, puesto que, por ejemplo, se adara que «el movimiento falangista y el ejército de Franco tuvieron el apoyo de arzobispos, obispos y mucha parte del clero» (p. 392).

En algunos manuales, sobre todo de la segunda mitad de los setenta, un abstracto lenguaje político-sociológico sustituye a menudo a la descripción de los hechos, con el indudable resultado de hacerlos poco inteligibles a los estudiantes. Un ejemplo entre muchos es el que ofrece el manual de M. Legnani, R. Parenti y A. Vegezzi (*Tempo storico*, Zanichelli, Bologna, 1978), que para ilustrar los hechos que siguieron en la España republicana al fracaso del golpe militar escribe: «La iniciativa popular que se ha armado y ha frustrado el pronunciamiento reaccionario tiende a integrar y a veces a sustituir a los aparatos del Estado, al constituir centros de poder autónomos y organismos de democracia directa. La estrategia de un amplio frente de fuerzas democráticas y progresistas prevalece sobre la de la revolución libertaria, pero consigue sólo parcialmente la movilización de las masas obreras y campesinas» (p. 868).

Es más que dudoso que jóvenes estudiantes puedan comprender a través de este lenguaje el fenómeno de la revolución popular, de los sindicatos, de los comités y el (‘ollsiguiente conflicto en el bando

republicano entre revolucionarios y defensores de la República democrática. Como igualmente dudoso es que lleguen a entenderlo a través de las palabras del mismo corte con que P. Ortoleva y M. Revelli intentan reflejarlo de la siguiente manera: «Una vez llegado al Gobierno el frente de las izquierdas manifestó plenamente las contradicciones entre sus componentes: anarquistas y comunistas disidentes (de raíz troskista), del POUM catalán, estaban decididos a continuar e intensificar las presiones desde abajo hacia la colectivización y la inmediata instauración del socialismo, mientras que republicanos y comunistas ponían en primer plano la defensa contra la amenaza derechista y combatían para poner bajo control la conflictividad social» (p. 594).

Otros manuales proponen claves de lectura de los hechos muy esquemáticas, estableciendo rígidas relaciones de dependencia entre las fuerzas sociales y las políticas, como si estas últimas fueran simples mandatarias de las primeras. Es éste el defecto del que adolece particularmente el manual de M. L. Salvadori (*Storia dell'eta contemporanea*, Loescher, Torino, 1990)⁴, uno de los que examinan más ampliamente los acontecimientos de la Segunda República y de la guerra, en el que, por ejemplo, se atribuye un peso determinante en el advenimiento de la República a la burguesía industrial, cuyos intereses económicos la habrían empujado hacia los partidos republicanos. Más en general, para este autor toda la experiencia reformadora de la República se desarrolló entre las pautas de los intereses burgueses, ya que el «Gobierno republicano-socialista, presidido por Manuel Azaña, estaba marcado por la voluntad de la burguesía de no sobrepasar determinados límites al realizar las reformas» (p. 824).

Otro rasgo común a la mayor parte de los manuales escolares al tratar en particular el tema de la guerra de España es su perspectiva italo-céntrica. Una perspectiva que, combinada con la antifascista, que es también común a todos, hace que se dé menor atención a la intervención de Mussolini –que en el conjunto de los acontecimientos marca, indudablemente, la presencia italiana de mayor peso– que a los voluntarios italianos antifascistas –que como se sabe no fueron el contingente más numeroso–. Así que en casi todos los manuales se recuerda el episodio de Guadalajara, que siendo a menudo la única batalla mencionada, aparece como la batalla más importante de toda la guerra. Sobre todo cuando sucede que no se dice que fue una derrota del

⁴ De M. L. SALVADORI existe tanto un manual para la enseñanza escolar como uno para la universitaria. Nuestras observaciones se refieren a este último.

ejército de Mussolini a la que contribuyeron también los italianos del batallón Garibaldi. Así, por ejemplo, en el manual de De Rosa, donde sólo se escribe: «Un gran éxito obtuvieron los republicanos en la batalla de Guadalajara» (393) sin recordar otras batallas. Pero es sobre todo en el manual de Saitta donde esa batalla se convierte en uno de los momentos principales de la defensa republicana, ya que en él se puede leer lo siguiente: «También gracias al favor de la gran mayoría del clero la rebelión [de los militares en Marruecos] alcanza inmediatamente el territorio metropolitano y conoce un inicio arrollador; pero posteriormente el Gobierno republicano consigue galvanizar la resistencia y en Guadalajara, camino de Madrid, los milicianos de Franco» -nótese la extraña mezcla de términos- «fueron *sanguinosamentefermati* -que es ya un italiano extravagante que se puede traducir como «sangrientamente detenidos, bloqueados»-, así que la situación cristaliza en una despiadada Guerra Civil» (p. 550).

Como puede verse también en este caso el ansia de síntesis lleva a grandes errores y simplificaciones. Como hace también Villani cuando, a causa de la prisa, escribe: «Después de la muerte del general [Primo de Rivera] ya no fue posible mantener la dictadura y la misma monarquía fue arrollada por el voto popular en las elecciones de 1931, que dieron gran mayoría a los republicanos encabezados por Alcalá Zamora» (pp. 461-462). Como puede verse, la concisión arrolla también la «dictablada», las elecciones administrativas de abril de 1931, todo el abanico de las fuerzas antimonárquicas, etc. Y lo mismo pasa con el libro de A. Giardina, V. Vidotto y G. Sabbatucci (*Manuale di Storia*, Laterza, Roma-Bari, 1988), que aunque presente una de las síntesis más logradas, alista en las Brigadas Internacionales, por no explicar las distintas formas de participación en la guerra de España, a Ernest Hemingway, André Malraux, George Orwell y Carlo Rosselli (p. 604), que, como es sabido, nunca militaron en ellas. Por otro lado, Hemingway -junto con Malraux- aparece en las filas de las Brigadas Internacionales también en el libro de T. Detti, N. Gallerano, G. Gozzini, G. Greco y G. Piccini (*Profilo di Storia Moderna e Contemporanea*, Bruno Mondadori, Milano, 1998), que, sin embargo, es quizás el mejor de los manuales recientes, y en muchos otros.

Exigencias de concisión y prisa colaboran además a llenar esos textos de otros pequeños y grandes errores. Así, por ejemplo, para Carocci el sufragio universal se introduce en España en 1887 (p. 1.066), para Ortoleva y Revelli la Primera República empieza en 1872 (p. 587),

mientras que, al contrario, para Capra, Chittolini y Della Peruta el rey Amadeo de Saboya abdica en 1874. Para Giardina, Vidotto y Sabatucci (p. 604), el partido único de Franco se llama «Falange Nacionalista», y para Legnani, Parenti y Vegezzi, el comandante de las Brigadas Internacionales fue «el comunista Enrique Listen» (p. 868), que en el libro de M. L. Salvadori se convierte en «el comunista alemán Enrique Listen» (p. 829). Según Traniello, Cracco y Prandi la CEDA ganó las elecciones en 1932 (p. 409) y «el Frente popular ganó las elecciones de 1936, lo que llevó otra vez al Gobierno al republicano Azaña, luego sustituido por Alcalá Zamora» (p. 409). Hasta llegar a algunas inexplicables invenciones como la que encontramos en el manual de Villari, allí donde escribe: «El 17 de julio de 1936 contingentes del ejército mandados por los generales Francisco Franco -secretamente trasladado de Marruecos a España-, Goded, Mola y Sanjurjo, se alzaron contra el Gobierno en varios lugares de España» (p. 505).

Puede ser sorprendente que en el panorama tan decepcionante de la manualística historiográfica italiana -**que** obviamente no es imaginable que dé lo peor de sí misma sólo al tratar de la historia de España- figuren como responsables, en tanto que autores, algunos de los mejores representantes de la historiografía italiana que, fuera de los libros para las escuelas, suelen hacer obras intachables en cuanto a escrúpulo y comprensibilidad. Es probable, por otro lado, que un análisis comparativo no daría mucha ventaja a los autores extranjeros de manuales escolares, y en este sentido sería interesante ver qué resultados ofrecería una investigación sobre la historia de la Italia contemporánea en los manuales españoles. Lo que importa subrayar es que, en cualquier caso -descontada cierta superficialidad de algunos autores por considerar una labor de segunda categoría los manuales escolares, que por tanto confían a veces al cuidado de alumnos desaventajados-, el vicio esté ya en el mismo manual. Una herramienta didáctica que revela tanto más su inadecuación cuanto más se amplía su objeto -**en** este caso la historia.

Será preciso, por tanto, pensar para la enseñanza de la historia en instrumentos didácticos alternativos, aunque es muy dudoso que puedan ser los multimediáticos que hoy proponen las nuevas tecnologías, donde la mayor libertad del discente para moverse a su antojo entre las varias posibilidades que esos medios ofrecen se paga a menudo con la pérdida de hilos interpretativos. En cualquier caso, no se podrá prescindir de la forma-libro, que conservará su primacía, aunque sea

renunciando a la pretensión de explicarlo todo, conformándose con alternar una selección de puros hechos incuestionables con la profundización monográfica en los que se consideren eventos-clave de la historia. Y será preciso también, si los historiadores quieren tener un papel en la edificación de Europa, mirar con mayor atención y respeto la historia de los países que la componen; también, y sobre todo, cuando se trate de hacer libros destinados a la formación de un amplio número de jóvenes.